

¿Globalizando África? Observaciones desde un continente incómodo

JAMES FERGUSON*

RESUMEN

En el primer capítulo del compendio de trabajos de James Ferguson entre 1990 y 2005, el autor desafía la concepción unívoca de la globalización como un todo uniforme, brillante y redondo a través del ejemplo del continente africano, al que define como un ente incómodo y, por ello, olvidado en buena parte de los estudios centrales de la globalización en los últimos años. Así, y gracias a las resistencias y diferentes perspectivas sobre lo global en África, el autor destapa las aristas del concepto de la globalización y deja espacio para nuevas formas de entender la realidad internacional de este tiempo.

PALABRAS CLAVE

Globalización; África; resistencias.



TITLE

Globalizing Africa? Observations from an inconvenient continent

ABSTRACT

In the first chapter of the compendium of works by James Ferguson between 1990 and 2005, the author challenges the univocal conception of globalization as a uniform whole, bright and round, through the example of the African continent, which he defines as being uncomfortable and therefore neglected in much of the core studies of globalization in recent years. Thanks to the resistance and different perspectives about the global in Africa, the author uncovers the fractures of the concept of globalization and makes room for new ways of understanding the international reality of this time.

KEYWORDS

Globalization; Africa; resistances.

*James FERGUSON,

Profesor en el Departamento de Antropología de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de Stanford, en California.

Traducido con permiso

de: Duke University Press, del artículo original: FERGUSON, James, "Globalizing Africa? Observations from an inconvenient continent" en *Global Shadows. Africa in the Neoliberal World Order*, Duke University Press, Durham and London, 2006, capítulo 1, ps. 25-49.

All rights reserved. Republished by permission of the copyright holder. www.dukeupress.edu. This article is reprinted by permission and does not follow site CC-BY-NC-ND licensing. Please respect publisher's permission to post to the site. Contact publisher (www.dukeupress.edu) for reuse/permissions.

Traducción:

Raquel Álvarez Aguilera

Hasta ahora la abundante literatura reciente sobre la globalización ha tenido sorprendentemente poco que decir acerca de África. Incluso en las narrativas más ambiciosas y ostensiblemente incluyentes, el continente en su totalidad es, por lo general, sencillamente ignorado en su conjunto. Los superventas populares que buscan dar una explicación al nuevo mundo “global” —ya sea celebrándolo o a modo de crítica— tienen mucho que decir sobre los países asiáticos recientemente industrializados, el *boom* de la manufacturación en China, la Unión Europea, las causas del “terrorismo” en Medio Oriente, la pérdida y creación de empleo en Estados Unidos, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y sus efectos sobre México, y la expansión de Disneylandia y McDonald’s en Francia; pero consiguen caracterizar “el globo” y “el mundo entero” de manera que no dice prácticamente nada sobre un continente de aproximadamente 800 millones de personas y que supone el 20% de la masa terrestre del planeta. Los éxitos de ventas académicos no han diferido demasiado en este sentido. *Globalization and Its Discontents* de Saskia Sassen¹, por ejemplo, no tiene nada que decir sobre África, salvo para apuntar que inmigrantes africanos aparecen a veces en “ciudades globales” como Londres y Nueva York. El influyente libro de Joseph Stiglitz, también titulado *Globalization and Its Discontents*², trata casi en su totalidad sobre las operaciones del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial en Asia y Europa del Este, con tan sólo unas pocas páginas dedicadas a los países africanos que han sido los que, podría decirse, más han sufrido por el letal dogmatismo del FMI sobre el que se había propuesto investigar. Mientras tanto, desde la autoproclamada izquierda radical, la celebrada obra *Empire* de Michael Hardt y Antonio Negri³, a pesar de sus casi 500 páginas de texto y su abundante preocupación por lo que los autores han denominado “la multitud”, no ha sido capaz de reunir siquiera un párrafo de análisis concerniente al continente africano. Una y otra vez, parece que cuando se trata de globalización, África sencillamente no se ajusta al guión. Es un caso incómodo.

Este descuido tal vez pueda comprenderse al nivel de las políticas del mundo real. Naturalmente, los defensores de programas de ajuste estructural neoliberales encuentran en África un ejemplo inconveniente; prefieren hablar de tigres asiáticos y dragones del sudeste asiático, ya que les resulta complicado encontrar algún león africano entre las muchas naciones africanas que han tomado la medicina del FMI y liberalizado sus economías en años recientes. Pero los ejemplos africanos son igualmente incómodos para los denominados críticos “anti-globalización”, los cuales suelen igualar globalización con un capitalismo en expansión en busca de mano de obra barata para sus fábricas y nuevos mercados para sus bienes de consumo —de forma estereotipada, las plantas explotadoras de Nike y las hamburguesas de McDonald’s—. Aquí, por supuesto, el dato incómodo es el hecho de que las dificultades de África poco tienen que ver con una invasión por parte de fábricas occidentales y sus bienes de consumo. Resulta complicado encontrar evidencias de la depredación de capitalistas desbocados en países que suplican en vano por la inversión extranjera de cualquier tipo, y que resultan incapaces de ofrecer un mercado significativo para los bienes de consumo típicamente asociados a la globalización.

Pero si África resulta un caso incómodo para los polémicos arengadores y detractores

¹ SASSEN, Saskia, *Globalization and Its Discontents: Essays on the New Mobility of People and Money*, New Press, Nueva York, 1999.

² STIGLITZ, Joseph E., *Globalization and Its Discontents*, W. W. Norton, Nueva York, 2003.

³ HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 2001.

de la globalización, parece igualmente molesto para los teóricos más analíticos de la globalización, los cuales aspiran a una “cobertura” planetaria sin saber muy bien qué hacer con África⁴. En este sentido, la aproximación de Anthony Giddens es típica. Comienza su corto libro de conferencias sobre la globalización⁵ con una anécdota que pretende tener un alcance planetario para el análisis subsiguiente. Una amiga, explica, se encontraba dirigiendo un trabajo de campo en un poblado cuya localización describe sucintamente como un “área remota” de “África central”. Fue invitada a una casa para pasar una tarde de ocio pero en vez de los pasatiempos tradicionales que esperaba encontrar descubrió que la familia se disponía a ver un video de una nueva película hollywoodiense que en ese momento “ni siquiera había llegado a los cines de Londres”⁶. La moraleja es claramente que incluso en los confines de la tierra —esto es, los poblados más remotos de lo que sólo es identificado como “África central”— se encuentran hoy en día arrastrados hacia un orden social globalizado. Aun así, el resto del libro de Giddens no dedica más que alguna referencia de pasada a África. En cambio, su discurso describe repetidamente el mundo en términos de un tradicional “antes” y un globalizado “después” que no da cabida a las realidades sociales contemporáneas africanas salvo dentro de un supuesto pasado. La obra conjunta sobre globalización de David Held, Anthony McGrew, David Goldblatt, y Jonathan Perraton⁷, es una explicación más académica, pero se construye sobre un error similar. La introducción del libro afirma ofrecer una explicación de la globalización, definida explícitamente por lo que sus autores denominan “interconectividad mundial”⁸, mas esta afirmación se encuentra seguida de capítulos sustantivos que están explícitamente restringidos a lo que ellos llaman “estados en sociedades capitalistas avanzadas” —y queda claro rápidamente que las sociedades africanas no están lo suficientemente avanzadas como para clasificarse dentro de este grupo—. La interconectividad entre seis países ricos queda documentada de manera muy efectiva, pero se deja al lector que se pregunte qué es exactamente lo “mundial” en todo esto.

El importunismo de África no resulta sorprendente si consideramos que la mayoría de las teorías dominantes sobre la globalización han sido teorías sobre una “convergencia” mundial de un tipo u otro. Desde los tempranos proyectos colonizadores europeos hasta los últimos programas de ajuste estructural, África ha demostrado ser admirablemente resistente a toda una miríada de proyectos impuestos desde el exterior, que han intentado conformarla en consonancia al mundo occidental o modelos “globales”. Es muy llamativo que actualmente África sea la única región del mundo donde uno puede encontrar enormes extensiones de tierra con población no sujetas a la autoridad central del gobierno de un estado-nación —aquí se incluye la mayor parte de la República Democrática del Congo (RDC), extensas áreas del sur de Sudán, y prácticamente la totalidad de Somalia—. Merece la pena enfatizar que no se trata de pequeños parches aislados, sino de áreas realmente enormes. Como me gusta recordar a los estudiantes, si uno pone el mapa de Europa dentro de la RDC, con Londres situado en la costa oeste, Moscú quedaría dentro de la frontera oriental; en

⁴ PAOLINI, Albert, “The Place of Africa in Discourses about the Postcolonial, the Global and the Modern” en *New Formations*, nº 31, 1997, ps. 83-106.

⁵ GIDDENS, Anthony, *Runaway World: How Globalization Is Reshaping Our Lives*, Routledge, Nueva York, 2002.

⁶ *Ibidem*, p. 24.

⁷ HELD, David, MCGREW, Anthony G., GOLDBLATT, David y PERRATON, Jonathan, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Stanford University Press, Stanford, 1999.

⁸ HELD, David et. al., *Global Transformations... op. cit.*, p. 2. El énfasis es mío.

el sur de Sudán, el área que hasta hace poco se encontraba fuera de alcance, incluso para las mayores organizaciones de ayuda, ocupaba un territorio mayor que Francia. Tampoco es ésta una cuestión de breves o transitorias circunstancias políticas. El débil arraigo del estado central en países como el Congo y Angola se remonta a muchas décadas atrás, al tiempo que gran parte del sur de Sudán ha estado fuera del control del gobierno nacional, prácticamente de manera continua desde que alcanzó la independencia en 1956. Recientes trabajos sobre los estados africanos —de los que hablaré más adelante— muestran cómo, incluso entre aquellos estados-nación que han disfrutado de una cierta medida de control efectivo sobre sus territorios, formas similares en las instituciones políticas dejan entrever agudas diferencias en sus maneras actuales de funcionar. Al mismo tiempo las leyes de propiedad, que son muchas veces dadas por sentado como los cimientos del capitalismo en su forma más familiar, están tan solo precariamente institucionalizadas en muchos escenarios africanos —como podrán atestiguar un inversor extranjero en Nigeria o un granjero comercial en Zimbabue—. Finalmente, como ya nos es conocido, en probablemente una veintena de países africanos, un grupo de indicadores estándar del desarrollo —desde el PIB per cápita, el acceso a la asistencia sanitaria, la escolarización, hasta la esperanza de vida— han tenido en los últimos años una tendencia a la baja en lugar de experimentar crecimiento. Esto no es sólo cierto entre aquellos países asolados por la guerra, sino que también se observa en países que no han experimentado nada salvo paz. En Zambia, por ejemplo —el país al que mayor estudio he dedicado— los porcentajes de pobreza a día de hoy alcanzan un setenta y tres por ciento. Enfermedades como la malaria, el cólera y el sarampión han resurgido al haberse visto colapsadas las contramedidas de salud pública. En algunas áreas la asistencia escolar se ha reducido por debajo del cincuenta por ciento y se supone que la población está ahora menos educada que en cualquier otro momento desde la independencia en 1964. Mientras tanto, la esperanza de vida al momento del parto ha caído —principalmente debido al SIDA, aunque no exclusivamente— de unos aproximados 50 años en 1980 a tan solo 32,4, la cifra más baja del mundo.

Todo esto supone un profundo desafío para las narrativas de convergencia global. No significa que estos acercamientos sean, de manera simplista, “erróneos”. De hecho, en muchos terrenos, los argumentos a favor de la convergencia son a menudo más fuertes de lo que a los antropólogos les gustaría. Pero la historia reciente de África supone un profundo desafío a las ideas sobre la economía global y la convergencia política. Si las sociedades del mundo están realmente convergiendo en un único modelo “global” ¿cómo se puede dar cuenta de la diferente y dificultosa trayectoria de África?, ¿se trata sencillamente de un “fallo en el desarrollo” del que se pueda acusar a unas élites moralmente culpables?, ¿un atraso que se resolverá con la espera?, ¿un horrible accidente atribuible a contingencias como puede ser la pandemia de SIDA? ¿Cuál es el significado —“teóricamente”— de lo que se presenta como una enorme anomalía continental?

Cuando los teóricos de la globalización se han referido a África ha sido por lo general, como un caso negativo: según el FMI se trataría de un ejemplo del precio a pagar por el fracaso a la hora de globalizarse, el geógrafo Neil Smith⁹ insiste en verlo como un “gueto

⁹ SMITH, Neil, “The Satanic Geographies of Globalization: Uneven Development in the 1990s”, en *Public Culture*, Vol. 10, nº 1, 1997, ps. 169-189.

global” abandonado por el capitalismo, recientemente Zygmunt Bauman¹⁰ ha sugerido que se trata de un continente de “vidas malgastadas” sin uso para la economía de un mundo capitalista, o como Manuel Castells lo ha denominado, “un agujero negro de la sociedad de la información”¹¹. Semejantes caracterizaciones negativas se arriesgan a ignorar las especificidades sociales, políticas e institucionales de África, y reinventarla como el “continente negro” del siglo veintiuno. Y es que claramente el África contemporánea no se trata de un vacío informe exclusivamente definido por hallarse excluido de los beneficios del capitalismo global, ni tampoco se trata de un “agujero negro” de información.

Al contrario, sugiero que una lectura de los últimos estudios interdisciplinarios sobre África puede ayudar a mostrar las formas particulares en las cuales África es y no es “global” y, por lo tanto, arrojar una nueva luz sobre lo que “globalización” puede significar en el momento presente. Como los antropólogos llevan insistiendo desde hace tiempo, lo que vemos depende desde dónde estemos mirando. Si dirigimos la mirada a la “globalización” desde la posición estratégica que nos proporcionan las últimas investigaciones focalizadas en África, podemos sacar a la luz aspectos que, de otra manera, se pasarían por alto y nos fuerzan a ahondar en temas que podrían ser ignorados o dejados sin resolver.

De manera puramente esquemática, este ensayo repasa las percepciones de los últimos estudios africanistas concernientes a los tres elementos que suelen identificarse como los aspectos centrales de la “globalización”: primero, la cuestión cultural —y las cuestiones relacionadas con las modernidades alternativas—; en segundo lugar, los “flujos” del capital privado —especialmente las inversiones directas de capital extranjero—; y tercero, las transformaciones en la gobernanza y el cambio del papel del estado-nación. Se argumenta que, al dirigir la atención a las situaciones indudablemente extremas en algunas zonas de África, será más fácil clarificar lo que es y no es “global” de la política económica transnacional contemporánea.

1. Cultura

En un primer momento los antropólogos se enfrentaron a las cuestiones de la globalización cultural —o, en términos antropológicos, los espectros— en relación a los interrogantes de la homogeneización cultural. Cuál sería el destino de la diferenciación cultural en un mundo donde cada vez vivía menos gente en condiciones que pudiesen ser entendidas como aquellas de un aislamiento inmaculado; un mundo donde el número de gente viviendo en ciudades, conduciendo coches y viendo la televisión no cesaba de aumentar; un mundo donde emblemas de la expansión cultural de los EEUU, como el idioma, la música pop, los pantalones vaqueros y McDonald’s daban la impresión de expandirse a lo largo y ancho de globo. ¿Acaso el futuro de la cultura en el mundo iba a ser una única cultura global occidentalizada o americanizada —la “Coca-Colización” de todo el planeta—? Y si este era el caso, ¿cuál sería el futuro de una disciplina como la antropología en semejante mundo de uniformización cultural?

Afortunadamente —al menos para el campo de la antropología— pronto quedó claro que la globalización cultural no era una simple cuestión de homogeneización. Como antropólogos

¹⁰ BAUMAN, Zygmunt, *Wasted Lives*, Polity Press, Nueva York, 2004.

¹¹ CASTELLS, Manuel, *End of Millenium*, Blackwell, Londres, 2000.

como Ulf Hannerz¹² nos recordaron, los intercambios transnacionales de productos culturales, formas, e ideas, apenas eran un fenómeno novedoso, y la experiencia demostraba que dicho tráfico no resultaba incompatible con la permanencia de formas de diferencia cultural. Las diferencias culturales se han creado, prosperado y dado significado a sí mismas en un ambiente de interconexión de las relaciones sociales, y no en un estado de aislamiento primordial. Que la gente en Calcuta beba Coca Cola no iba a suponer el fin de la cultura india más de lo que supuso el fin de la cultura inglesa el hecho de que londinenses adoptasen la costumbre colonial india de beber té. Y uno se podía permitir preguntarse, tal y como apuntó Clifford Geertz¹³, si realmente las grandes cocinas asiáticas se encontraban en peligro de ser desbancadas por establecimientos como el Kentucky Fried Chicken. De hecho, un buen número de estudios locales comenzaron a mostrar cómo el tráfico transnacional no se encaminaba hacia una única cultura global, sino hacia complejas formas de creatividad cultural —lo que Hannerz denominó “creolización”—, cuyo resultado no era una uniformidad entumecedora sino un mundo de dinámicos “corta-y-mezcla”, sorprendentes préstamos, reinventiones irónicas, y llamativas resignificaciones.

Lógicamente, la idea que surgió de esta reflexión fue que las sociedades y culturas no debían ser entendidas o situadas a lo largo de un *continuum* entre una tradición “premoderna,” por un lado, y una modernidad de concepción eurocéntrica por el otro. Al contrario, Arjun Appadurai y otros¹⁴, sugirieron que era necesario reconsiderar nuestras nociones sobre la modernidad para tener en cuenta las diversas trayectorias culturales “modernas” que los antropólogos han estado documentando. Si las culturas no occidentales no eran necesariamente no modernas, sería necesario desarrollar una noción más plural de la modernidad: no una modernidad en singular —donde la cuestión reside en si ya has llegado o no a ese punto— sino modernidades en plural, una diversidad de diferentes “formas” de ser moderno: “modernidades alternativas”.

Sin duda se trata de una idea muy atractiva, pero inmediatamente propone una serie de problemas que los críticos no han tardado en señalar. Un problema es el significado del término “modernidad”. Una vez abandonamos el punto de partida de una modernidad singular, ¿qué significa entonces el término en un sentido analítico? Si, tal y como Peter Geschiere¹⁵ ha sugerido recientemente, los cameruneses practicando brujería están siendo “modernos”, uno se pregunta entonces, ¿qué podría considerarse no moderno? O todos los aspectos del mundo contemporáneo son por definición modernos —en cuyo caso, al englobarlo todo, el término se arriesga a perder todo significado—. Otras críticas han señalado que poner el foco de atención en los flujos culturales y sus reinterpretaciones creativas puede conducir a una interpretación insuficiente de la fuerza de las normas globales y los ámbitos organizativos e

¹² HANNERZ, Ulf, “The World in Creolization” en *Africa*, vol. 57, nº 4, 1987, ps. 546-559; HANNERZ, Ulf, *Cultural Complexity: Studies in the Social Organization of Meaning*, Columbia University Press, Nueva York, 1992; HANNERZ, Ulf, *Transnational Connections: Culture, People, Places*, Routledge, Nueva York, 1996.

¹³ GEERTZ, Clifford, “The Uses of Diversity” en BOROFSKY, Robert (ed.), *Assessing Cultural Anthropology*, McGraw Hill, Nueva York, 1994.

¹⁴ APPADURAI, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996; DAEDALUS, “Multiple Modernities” (special issue), Vol. 129, nº 1, 2000; GAONKAR, Dilip Parameshwar, *Alternative Modernities*, Duke University Press, Durham, 2001; HOLSTON, James, *Cities and Citizenship*, Duke University Press, Durham, 1999.

¹⁵ GESCHIERE, Peter, *The Modernity of Witchcraft: Politics and the Occult in Postcolonial Africa*, University of Virginia Press, Charlottesville, 1997.

institucionales donde uno puede efectivamente encontrar, si no homogeneización, sí un alto grado de estandarización. Los sociólogos de la educación, por ejemplo, han demostrado dicha estandarización en los aspectos formales de la instrucción¹⁶. Aquí me gustaría señalar un problema algo distinto sobre la base de la idea que deriva de la importancia de las “regiones” en la discusión de la modernidad.

En el este y sudeste de Asia, incluso de forma ajena a las discusiones académicas, la idea de que existen caminos múltiples o “alternativos” a través de la modernidad lleva varios años en circulación. Allí, la pluralización de la modernidad se ha visto unida a la posibilidad de una ruta paralela, a lo largo de la cual las naciones asiáticas podrían desarrollarse de forma económicamente análoga a las occidentales pero culturalmente distinta. Según este punto de vista, dichos países asiáticos de reciente industrialización como Malasia, Singapur y Taiwán, pueden alcanzar economías del “primer mundo”, con las grandes autopistas, rascacielos y comodidades de consumo que esto acarrea, sin resultar por ello “occidentalizadas”. De esta manera, podrían conservar lo que se ha dado en considerar virtudes culturales o incluso en ocasiones raciales, inexistentes en el mundo occidental, al tiempo que formarían su propio camino “alternativo” a través de la modernidad disfrutando de un nivel de vida equivalente o mejor al de “Occidente”¹⁷.

Sin embargo, semejante convergencia económica con los niveles de vida del “primer mundo” no se encuentran siquiera en perspectiva para África. Es por esta razón que la reciente tendencia entre los estudiosos de África a adoptar el lenguaje de las “modernidades” en plural tiene implicaciones muy diferentes y procede de motivos muy distintos. Frente a décadas de estudios empeñados en ver las sociedades africanas, de algún modo, ancladas en lo “primitivo” o en un pasado “tradicional”, los africanistas contemporáneos se sienten comprensiblemente atraídos hacia una manera de pensar que insiste en situar a las sociedades africanas en un mismo (“coetáneo”) tiempo que las occidentales¹⁸, y en entender los modos de vida africanos no como una tradición ahistórica sino como parte del mundo moderno. Esto es lo que empuja a Geschiere a insistir en “la modernidad de la brujería”: el deseo de demostrar que lo que se conoce como “brujería” no es sencillamente un remanente del pasado sino, más bien, un conjunto de prácticas contemporáneas que responden a las mismas fuerzas contemporáneas “modernas” que producen la economía sumergida, la formación de clases y el estado. Mamadou Diouf¹⁹ propone un argumento relacionado, igualmente convincente, para la “modernidad” de las redes transnacionales de los comerciantes senegaleses Mourides.

Aún así en África la modernidad ha sido siempre una cuestión tanto de pasado y presente como de arriba y abajo. La aspiración a la modernidad ha sido una aspiración

¹⁶ BOLI, John y RAMIRES, Francisco O., “World Culture and the Institutional Development of Mass Education” en RICHARDSON, John G., *Handbook of Theory and Research in the Sociology of Education*, Greenwood Press, Westport, 1986, ps. 65-92; MEYER, John W., KAMENS, David, BENAVIDE, Aaron, CHA, Yun-Kyung y WONG, Suk-Ying, *School Knowledge for the Masses: World Models and National Primary Curriculum Categories in the Twentieth Century*, Falmer, Londres, 1992.

¹⁷ ONG, Aihwa, *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality*, Duke University Press, Durham, 1999.

¹⁸ FABIAN, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.

¹⁹ DIOUF, Mamadou, “The Senegalese Murid Trade Diaspora and the Making of a Vernacular Cosmopolitanism”, en *Public Culture* 12, no. 3: 679-702, 2002.

a avanzar en el mundo económica y políticamente; a mejorar en la forma de vida, en la situación personal, en el lugar que se ocupa en el mundo. La modernidad ha sido, por lo tanto, una manera de hablar sobre las desigualdades globales, las necesidades materiales y cómo pueden éstas ser alcanzadas. En particular se han referido a aspiraciones “modernas” tan primordiales como mejores casas, sanidad o educación. Aunque ahora los antropólogos, tras declarar la teoría de la modernización muerta y el discurso sobre el desarrollo anticuado, anuncian orgullosamente que África, salvaguardando todos sus problemas, es de hecho un lugar tan moderno como cualquier otro. Tan solo se trata de que tiene su propia versión “alternativa” de la modernidad.

Tal y como señalo en el capítulo 7, los africanos a menudo se asombran por semejantes afirmaciones. La *ausencia* de modernidad en África resulta, para gran parte de sus habitantes, tan palpable en las condiciones que les rodean –en las malas carreteras, el pobre sistema sanitario, los maltrechos edificios y medios de vida precariamente improvisados como solo pueden encontrarse en los países del continente “menos desarrollado”. Allí donde los antropólogos se hacen eco de la modernidad de África, los discursos locales sobre modernidad insisten con mayor frecuencia en una carencia ininterrumpida de la misma (véanse los capítulos 5 y 7) —una carencia que no se entiende en términos de inferioridad cultural sino de desigualdades político-económicas—. Por esta razón, el tema de la modernidad en África se entiende en relación al concepto de “desarrollo”, y el problema social y económico del nivel de vida. Con todos sus múltiples fallos, las narrativas desarrollistas que han sido dominantes en la manera de percibir el lugar-de-África-en-el-mundo, —narrativas que explícitamente clasifican los países de arriba a abajo, de más a menos “desarrollado”—, por lo menos reconocen (y prometen remediar) los agravios causados por las desigualdades político-económicas y el bajo estatus global en relación a otros lugares. Sin embargo, el pluralizar sin llevar a cabo una clasificación entre los distintos modos de relacionarse con la “modernidad” en diferentes regiones del mundo hace que la ecuaníme valoración de las modernidades propuesta por los antropólogos corra el riesgo de desenfatar o pasar por alto las desigualdades económicas y los problemas del rango global que tanta importancia tienen para la comprensión africana de lo moderno. De esta manera, el bienintencionado deseo antropológico de tratar la modernidad como una formación cultural cuyas diversas versiones pueden ser entendidas como coetáneas y de igual valor, termina viéndose como una huida de las reivindicaciones hechas por aquellos que, al contrario, ven la modernidad como una condición socioeconómica privilegiada y deseada que contrasta activamente con su radicalmente inequitativa forma de vida.

Lo que aquí intento demostrar (y que será profundizado en el capítulo 7) no es que los antropólogos se hayan equivocado al historizar las prácticas culturales o al poner en duda los progresos lineales dados por sentado en las narrativas eurocéntricas, sino más bien el resaltar el peligro que existe —particularmente visible en el contexto de África— de que las aspiraciones de modernidad africanas, en el plano de sus desigualdades materiales y sociales, se vean olvidadas al permitir una noción relativizada y culturalizada de la modernidad. Los antropólogos occidentales, en su afán por tratar a los africanos como a iguales (culturales), han eludido, en ocasiones con demasiada facilidad, el más difícil análisis sobre las desigualdades económicas y desencantos que, de esta manera, amenazan con terminar considerando dicha igualdad como un mero ideal de carácter sentimental.

Dirijámonos ahora al terreno económico para considerar el problema de la relación del continente con lo que se ha dado en llamar “capital global”. Resulta muy llamativo lo sencillo que le resulta a África figurar en los análisis sobre un mundo cultural globalizado en comparación con su, prácticamente absoluta, ausencia de la gran mayoría de retratos de la economía global. Por ejemplo, ningún informe sobre música en el mundo se entendería sin una extensa sección africana, y, sin embargo, lo común es que los informes sobre la economía global no contengan más allá de una somera referencia al África subsahariana, aún cuando una de las afirmaciones principales en los discursos dominantes sobre la globalización es que los mercados desregularizados y el capital móvil deambulan hoy en día por todo el mundo. ¿Cuál es el papel de África aquí? Consideremos el problema del flujo de capital privado.

2. Flujo de capital

Una de las aseveraciones de las teorías del desarrollo tras la Segunda Guerra Mundial consistía en la afirmación de que los países más pobres se convertirían en imanes para el capital, y que las inversiones en dichos países producirían tasas de crecimiento económico tan altas que pronto los permitiría converger económicamente con los países industrializados ricos. Ya nadie pone en duda que ambas asunciones se han probado equivocadas. Hoy en día, los países más pobres atraen muy poco capital privado de cualquier índole. Según William Easterly, antiguo economista del Banco Mundial, los países que conforman el 20% de la población más rica del mundo reciben el 88% del grueso del flujo de capital privado; aquellos países que conforman el 20% de los más pobres reciben el 1%²⁰. El incremento en el flujo transnacional de capital del que tanto se ha oído hablar en los últimos años ha sido, tal y como los economistas Maurice Obstfeld y Alan Taylor lo han denominado, “un negocio mayoritariamente entre rico y rico”, una cuestión menos de “desarrollo” que de diversificación. Incluso han llegado a observar que “la inversión actual de capital extranjero en los países en desarrollo más pobres se encuentra muy por debajo de los niveles alcanzados al inicio del siglo pasado”²¹. En cuanto a crecimiento económico, los estudios más recientes no muestran ninguna tendencia entre los países pobres a converger con los ricos. Más bien al contrario, los datos parecen demostrar una fuerte tendencia a que la diferencia se agrave, ya que los países ricos han experimentado un rápido crecimiento mientras que los pobres se han mantenido estables o, incluso, han retrocedido. No es, por lo tanto, una historia de convergencia sino —cómo lo expresó el economista Lant Pritchett en el título de un influyente ensayo— “Divergence, Big Time”²². En los últimos años muchos de los países más pobres de África han puesto en marcha las reformas apadrinadas por el FMI (principalmente, la apertura de mercados y la privatización de bienes estatales) que pretendían provocar un flujo de inversión de capital. Para la mayoría el resultado no se ha materializado en un *boom* de la inversión extranjera. Por lo general se ha traducido en un colapso de las instituciones básicas (incluyendo las principales industrias, así como infraestructuras sociales como escuelas y sanidad) y una explosión de la corrupción oficial.

Cuando el capital *ha llegado* a África en los últimos años, ha sido abrumadoramente

²⁰ EASTERLY, William, *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, MIT Press, Cambridge Mass., p. 58-59, 2001.

²¹ OBSTFELD, Maurice y TAYLOR, Alan M., *Globalization and Capital Markets*, Working Paper no. 8846, National Bureau of Economic Research, Cambridge Mass., p. 59, 2002.

²² PRITCHETT, Lant, “Divergence, Big Time”, en *Journal of Economic Perspectives* 11, no. 3: 3-17, 1997.

en el área de la extracción y los recursos mineros. En medio de lo que, por lo general, han sido tiempos duros para la mayor parte del continente, la minería y la extracción de petróleo ha experimentado un gran crecimiento en numerosos países. De nuevo es ésta una cuestión que se discutirá más adelante en el libro en mayor profundidad (véase el capítulo 8). Basta ahora subrayar el alcance con el que esta inversión económica se ha visto concentrada en enclaves seguros, por lo general con escaso impacto en la sociedad en un plano más amplio. El caso más claro (y sin lugar a dudas el más atractivo para el inversor extranjero) nos lo ofrece la extracción de petróleo cerca de la costa, como ocurre en Angola, en la cual ni el petróleo ni el dinero que éste trae consigo tocan nunca tierra angoleña. Pero hoy en día, incluso las extracciones mineras que no son de carácter petrolífero tienen lugar en enclaves que requieren de un intensivo capital y que se encuentran sustancialmente aisladas de la economía local, o incluso en feudos vigilados y protegidos por ejércitos privados y fuerzas de seguridad (véase el capítulo 8).

En períodos anteriores, la inversión minera a menudo trajo consigo una inversión social de más largo alcance. Por ejemplo, en el Copperbelt de Zambia la inversión en la minería del cobre conllevó la construcción de grandes "ciudades empresa" para cerca de unos 100.000 trabajadores. En un momento dado, estas ciudades llegaron a incluir no sólo casas, escuelas, y hospitales provistos por las compañías, sino incluso trabajadores sociales, amenidades recreativas y programas de educación doméstica²³. El negocio de la minería no supuso exclusivamente la extracción, sino también un proyecto social más amplio y a largo plazo. Podríamos decir que tuvo una presencia social "densa". Pero hoy en día, la minería (y todavía más la producción petrolífera) es socialmente "fina"; basada en una inversión intensiva de capital que se apoya en pequeños grupos de trabajadores altamente cualificados (algunas veces trabajadores extranjeros con contratos de corta duración), lo que la hace depender todavía menos de inversiones sociales de mayor envergadura. Hoy, los enclaves de inversión en extracción de mineral en África suelen estar estrechamente integrados con las oficinas centrales de las corporaciones multinacionales y los centros metropolitanos, pero abruptamente aislados con respecto a sus propias sociedades nacionales (a menudo literalmente amurallados con ladrillos, alambre de espino y guardas de seguridad).

Consideremos el caso de la extracción de oro en Ghana. La privatización de las minas de oro en dicho país, combinada con generosas iniciativas impositivas, ha logrado justo lo que se proponía: atraer grandes cantidades de inversión privada. Gracias a estas inversiones la industria del oro en Ghana ha sufrido una tremenda transformación desde mediados de 1980. Hubo un flujo de inversión extranjera directa (IED) de cerca de cinco mil millones de dólares, superando probablemente el valor de la IED en la suma del resto de sectores, al tiempo que la producción creció de 300.000 onzas en 1985 a 2.336.000 en 2001²⁴. Ahora el oro ha reemplazado al cacao como principal exportación de Ghana, y el Banco Mundial recoge opiniones que dudan sobre cuáles puedan ser los "verdaderos beneficios netos" de este "desarrollo". Tal y como el estudio señala, la minería apoyada en la inversión intensiva

²³ FERGUSON, James, *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, University of California Press, Berkeley, 1999.

²⁴ BANCO MUNDIAL, *Project Performance Assessment Report: Ghana Mining Sector Rehabilitation Project (Credit 1921-GH) and Mining Sector Development and Environment Project (Credit 2743-GH)*, Sector and Thematic Evaluation Group, Operations Evaluation Department, report no. 26197, Washington D.C., 2003, p. 2.

de capital por parte de compañías extranjeras tiene un elevado contenido de importación y produce “sólo cantidades modestas de divisas netas para Ghana tras dar cuenta de la salida de fondos”²⁵. La recaudación fiscal es también escasa debido a “los variados incentivos fiscales” que se ofrecen para atraer a los inversores extranjeros en un primer momento. Más importante (y en contraste con las anteriores empresas mineras más centradas en una intensiva mano de obra), ha habido poca creación de empleo entre los ghaneses debido a que “la naturaleza de las técnicas modernas de minería en superficie es de un alto capital intensivo”²⁶.

El estudio reveladoramente describe una “visita de campo” de empleados del Banco Mundial al centro del país de la minería de oro en el distrito de Wassa, la cual se encuentra con “una competición entre la minería y la agricultura por la tierra trabajable, las infraestructuras locales en un lamentable estado, servicios públicos inadecuados, y un alto nivel de desempleo”²⁷. Concluye que “la economía local... no parece haberse visto beneficiada por la minería a gran escala, a través de un crecimiento económico sostenido y la mejora de los servicios públicos” y que “la gente de la zona no ha percibido un beneficio por los recursos que han sido extraídos de “sus” tierras”²⁸. La juventud sin trabajo, apunta el estudio, ha atacado recientemente a los jefes locales destruyendo sus palacios debido a su frustración por la “ausencia de trabajos o el acceso insuficiente a tierras cultivables”²⁹.

Otras formas de minería en el continente —sobre todo, la de diamantes de aluvión— se encuentran menos basadas en una capitalización intensiva y menos concentradas espacialmente y, por lo tanto, les resulta más complicado verse aisladas de la sociedad mediante métodos de enclave. Aun así, la variedad de poderosos, y bien armados, intereses no se ven detenidos en sus intentos por lograr hacerse con dichos enclaves excluyentes (con éxito variable). Por ejemplo, en la rica región productora de diamantes de Mbuji-Mayi en República Democrática del Congo, las compañías privadas hacen uso de forma rutinaria de fuerzas militares en un intento por monopolizar la recolección de diamantes aluviales. La firma Société Mini re de Bakwanga (conocida como MIBA), parcialmente propiedad del estado, hace uso de empresas de seguridad privadas, así como de lo que se denomina “oficiales de policía” de la (quienes han de responder ante la dirección de seguridad de MIBA y no ante ningún superior de las fuerzas de policía) para disparar, arrestar, y dar palizas a los “intrusos”. La compa a medio zimbabuense Sengamines también disfruta de una protección similar por parte de las fuerzas armadas de Zimbabue. Un estudio reciente en derechos humanos denuncia que no resulta claro “cuál es el marco legal, si es que hay alguno, sobre el que operan”³⁰. Habitualmente, ambas compa as disparan y matan a gente de la zona lo suficientemente desgraciada como para intentar extraer diamantes en las “concesiones” reclamadas por las compa as, incluso cuando las fronteras de las concesiones, y su base legal, no son por lo general evidentes³¹.

²⁵ BANCO MUNDIAL, *Project Performance... op. cit.*, p. 23.

²⁶ BANCO MUNDIAL, *Project Performance... op. cit.*, p. 23.

²⁷ BANCO MUNDIAL, *Project Performance... op. cit.*, p. 21.

²⁸ *Ibídem.*

²⁹ *Ibíd.*

³⁰ AMNISTÍA INTERNACIONAL, *Making a Killing: The Diamond Trade in Government-Controlled DRC*, 2002, p. 8.

³¹ AMNISTÍA INTERNACIONAL, *Making a Killing... op. cit.*, 2002; TESTIGO GLOBAL, *Same Old Story: A Background Study on Natural Resources in the Democratic Republic of Congo*, 2004.

Podría decirse mucho más sobre todo esto (véase el capítulo 8), pero aquí me limito a enfatizar dos puntos. Primero, los movimientos de capital que provocan dichas empresas entrecruzan el globo pero no lo abarcan ni cubren. Los movimientos de capital cruzan las fronteras nacionales, pero saltan de un punto a otro, y enormes regiones se ven sencillamente dejadas de lado. El capital no “fluye” desde Nueva York hasta los campos petrolíferos de Angola, o desde Londres a las minas de oro de Ghana; salta, pasando limpiamente sobre la mayor parte de lo que queda en medio. Segundo, allí donde el capital ha llegado a África se ha visto concentrado en enclaves de extracción mineral espacialmente segregados y socialmente “finos”. De nuevo, el “movimiento de capital” no cubre el planeta; pone en conexión discretos puntos del mismo. El capital salta por el mundo, no lo abarca. Lo que esto significa en términos sociales para comprender patrones de orden y desorden político en el continente se discutirá en la próxima sección.

3. Gobernanza

Se suponía que las demandas surgidas de los “ajustes estructurales” —según decían sus proponentes neoliberales— iban a provocar una reducción de los estados opresivos y arrogantes y a dejar libre una nueva “sociedad civil” de mayor vitalidad. El resultado iba a ser una nueva “gobernanza”, que sería a la vez más democrática y económicamente eficiente. En efecto, la democratización formal se ha extendido sobre gran parte del continente (aunque de ninguna manera sobre su totalidad), y las elecciones pluripartidistas han fortalecido la vida política de un buen número de países. Al mismo tiempo, han surgido hordas de nuevas “organizaciones no gubernamentales” (ONG) que, aprovechando los cambios en las nuevas políticas sobre donaciones, han trasladado la financiación de la, poco fiable, burocracia estatal a lo que se percibe como canales de implementación más “directos” o “de base” (véase el capítulo 4).

Los mejores estudios sobre la política reciente africana (tal y como se apunta en la introducción) han sugerido que el “retroceso” del estado, en lugar de poner en movimiento una liberación general, ha provocado, o exacerbado, una crisis política de largo alcance. La capacidad estatal se ha deteriorado rápidamente al verse “subcontratadas” un número cada vez mayor de las funciones del estado a las ONG —no debería resultar sorprendente, señala Joseph Hanlon, cuando los altos salarios y las mejores condiciones laborales que ofrecen las ONG han “descapacitado” con rapidez a los gobiernos al atraer a los mejores funcionarios sacándolos de los ministerios gubernamentales³²—. Aquellos que se quedaron recibían por lo general un salario insuficiente para la subsistencia, con la consecuencia inevitable de la corrupción y una explosión de “negocios paralelos”. En palabras de Christopher Clapham³³, los estados, despojados de empleados capaces y sin recursos económicos, se vieron rápidamente “vaciados” y los funcionarios emprendieron un “plan de privatización” por cuenta propia —lo que Jean-François Bayart, Stephen Ellis, y Béatrice Hibou han llamado “la criminalización del estado”—³⁴. Las instituciones oficiales del estado, redes informales de funcionarios, agentes de

³² HANLON, Joseph, “An ‘Ambitious and Extensive Political Agenda’: The Role of NGOs and the Aid Industry”, en STILES, Kendall, *Global Institutions and Local Empowerment: Competing Theoretical Perspectives*, Macmillan, Basingstoke, 2000.

³³ CLAPHAM, Christopher, *Africa and the International System: The Politics of State Survival*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996.

³⁴ BAYART, Jean-François, ELLIS, Stephen y HIBOU, Beatrice, *The Criminalisation of the State in Africa*, Indiana University Press, Bloomington, 1999.

bolsa o señores de la guerra con poder local, traficantes de armas, y firmas internacionales han formado en muchos países lo que Reno ha calificado como "estado sombra"³⁵ que convierten las instituciones oficiales del estado en poco más que una cáscara vacía. En semejante entorno ha resultado sencillo movilizar ejércitos irregulares para sacar provecho económico privado, y un vigoroso intercambio internacional de armas ha sido una de las pocas áreas en las que ha habido un crecimiento constante. No es que los estados hayan desaparecido, o que, como se suele decir, sean "débiles", más bien se trata de que han ido quitándose de en medio en lo que al negocio de gobernar se refiere, incluso cuando han mantenido un vivo interés en otro tipo de negocios. En esta nueva era, no son las organizaciones de la "sociedad civil" las que son "no gubernamentales" –es el estado en sí mismo.

Para gran parte de África, dicho nuevo orden político no ha significado "una menor interferencia por parte del estado e ineficiencia", tal y como los reformistas neoliberales occidentales habían imaginado, sino sencillamente menor orden, menos paz y menor seguridad. Para numerosos países (incluyendo estados tradicionalmente "estables" como Costa de Marfil), ha significado la guerra civil. Al mismo tiempo han proliferado las compañías de seguridad privadas y los mercenarios profesionales, cuyo rol consiste en proteger los valiosos enclaves económicos, un hecho que está cada vez más documentado³⁶ (véase también el capítulo 8).

De hecho, la imagen que parece surgir de la literatura más reciente es la de dos distintos tipos de forma de gobierno, que se aplican a las dos Áfricas distintas que fueron una vez diferenciadas por el colonialismo francés como *Afrique utile* y *Afrique inutile* —o, como Reno nos ha recordado "África utilizable/útil" y "África inutilizable/inútil"³⁷—. El África útil posee enclaves seguros —porciones "útiles"— discontiguas que están aseguradas, vigiladas y, en un sentido mínimo, gobernadas a través de medios privados o semiprivados. Estos enclaves se encuentran cada vez más unidos, no en un enrejado nacional, sino en redes transnacionales que conectan punto a punto espacios de valor económico dispersos por el mundo.

El resto —el vasto terreno del "África inútil"— está formada por estados con un cada vez menor papel del gobierno, en una madeja de formas de regulación y control ajenas al estado que van desde revitalizadas autoridades de política local (a menudo tratadas de "tradicionales"), hasta claros casos de bandidaje y señores de la guerra. El estado de la situación es a menudo violento y desorganizado, pero no debe ser entendido como una mera ausencia de gobierno. Tal y como Janet Roitman ha señalado en referencia a la cuenca del

³⁵ RENO, William, *Warlord Politics and African States*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1999.

³⁶ LOCK, Peter, "Military Downsizing and Growth in the Security Industry in Sub-Saharan Africa" en *Strategic Analysis*, vol. 22, nº 9, 1998; MUSAH, Abdel-Fatau y FAYEMI, J. Kayode (ed.), *Mercenaries: An African Security Dilemma*, Pluto Press, Londres, 2000; RENO, William, "How Sovereignty Matters: International Markets and the Political Economy of Local Politics in Weak States" en CALLAGHY, Thomas M., et. al, *Intervention and Transnationalism in Africa: Global-Local Networks of Power*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001; "External Relations of Weak States and Stateless Regions in Africa", en KALDIAGALA, Gilbert M. y LYONS, Terrence (ed.), *African Foreign Policies: Power and Process*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2001; "Order and Commerce in Turbulent Areas: 19th Century Lessons, 21st Century Practice" en *Third World Quarterly*, vol. 25, nº 4, ps. 607-625, 2004; SINGER, P. W., *Corporate Warriors: The Rise of the Privatized Military Industry*, Cornell University Press, Ithaca, 2003.

³⁷ RENO, William, *Warlord Politics...* op. cit.

Chad³⁸, incluso el bandidaje tiene sus propias e intrincadas formas de orden social y moral, y sus sistemas de "regulación" a menudo encuentran puntos de unión con los intereses de funcionarios estatales y diversos traficantes ilegales militarizados (para quienes esas áreas "inútiles" a ojos de los inversores extranjeros pueden llegar a ser bastante "útiles" en realidad). Al mismo tiempo, áreas en las cuales el estado ya no ofrece un control burocrático son a menudo "gobernadas" por un sistema humanitario, o de desarrollo, transnacional, ya que un batiburrillo de organizaciones transnacionales de voluntariado privado llevan a cabo diariamente el trabajo de proveer unos rudimentarios servicios gubernamentales y sociales, especialmente en las regiones que se hayan sumidas en momentos de crisis o conflicto. En algún otro lugar he descrito dichos tipos de "gobiernos de las ONG" como "una gubernamentalidad transnacional"³⁹. Tal y como sucede con los enclaves de extracción mineral asegurados de forma privada, las zonas de emergencia humanitaria se encuentran sujetas a formas de gobierno que no pueden ser incluidas dentro de un enrejado nacional al estar esparcidas en un mosaico de porciones discontiguas operadas por redes transnacionales (véase el capítulo 4).

El que tal vez sea el hallazgo más sorprendente de la literatura reciente concierne a la relación entre los proyectos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI) para una reforma política con el fin de atraer capital y conseguir crecimiento económico. Ya que es un hecho que los países que han sufrido los mayores "fracasos" se encontraban entre aquellos que con mayor éxito habían desarrollado enclaves de atracción de capital (en palabras de los reformadores de la "gobernanza" del Banco Mundial y del FMI.) Los países africanos que se han mantenido en paz, democracia, y han gozado de cierta medida de orden legal, han tenido un historial muy irregular a la hora de atraer inversión de capital en los últimos años. (Desafortunadamente Zambia es un buen ejemplo.) Sin embargo, los estados más "débiles" y corruptos, algunos inmersos en salvajes guerras civiles, han atraído ingresos muy significativos. Por ejemplo, el libro de Reno sobre "la política de los señores de la guerra" selecciona para el estudio cuatro países basándose en sus "extremadamente débiles instituciones estatales y la violencia rampante": Liberia, Sierra Leona, Congo/Zaire, y Nigeria⁴⁰. ¿Huía el capital de estos lugares sin ley? Todo lo contrario. Entre los cuatro absorbían más de la mitad de los ingresos de capital del África subsahariana (excluyendo a Sudáfrica) según la muestra obtenida para los años 1994-1995. En efecto, países con guerras civiles descontroladas y gobiernos espectacularmente iliberales han obtenido resultados sorprendentemente buenos en lo que a crecimiento se refiere. Consideremos el caso de Angola, la cual obtuvo uno de los mejores ratios de crecimiento de su PIB en el período de guerra devastador de los años ochenta, o Sudán, donde a pesar de una horrorosa guerra civil y un gobierno opresivo, hubo un porcentaje de PIB anual del 8,1% convirtiéndola en la "estrella" del crecimiento económico africano en la década de los noventa.

Dichas observaciones sugieren la necesidad de matizar la imagen de África como un lugar abandonado por el capital global. Es cierto que, tal y como numerosos teóricos de la globalización

³⁸ ROITMAN, Janet, *Fiscal Disobedience: An Anthropology of Economic Regulation in Central Africa*, Princeton University Press, Princeton, 2004.

³⁹ FERGUSON, James y GUPTA, Akhil, "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality" en *American Ethnologist*, vol. 29, nº 4, 2002, ps. 981-1002.

⁴⁰ RENO, William, *Warlord Politics... op. cit.*

han apuntado, gran parte de África queda efectivamente marginalizada de la economía global, al tratarse de un capital que "salta" sobre el "África inútil", dirigiéndose exclusivamente a aquellos enclaves ricos en mineral y marcadamente desconectados de la sociedad nacional. Pero la situación que nos presentan los últimos trabajos de estudio no es exactamente ese vacío indiferenciado que evoca Castells⁴¹ cuando caracteriza África como un "agujero negro" para la sociedad de la información. Al contrario, coexisten en el continente formas específicas de integración "global" junto a formas específicas —e igualmente "globales"— de exclusión, marginación y desconexión. De hecho, merecería la pena preguntarse si la combinación de enclaves de extracción mineral asegurados de forma privada y los territorios "débilmente" gobernados por organizaciones humanitarias que encontramos en África no constituyen una mutación "avanzada" y sofisticada de globalización en vez de una lamentablemente inmadura forma de la misma. Si fuera este el caso, las formas de "economía global" que en los últimos años se han desarrollado en algunos de los países africanos ricos en mineral, nos mostrarían algo más que una anomalía teóricamente interesante, también un terrorífico modelo político-económico para otras regiones del mundo que combinan riqueza mineral con una política intratable (esta posibilidad se trata escuetamente en el capítulo 8).

4. Replanteándose lo global: un ejemplo

He sugerido que el estudio de los trabajos académicos más recientes sobre África puede ser de ayuda a la hora de pensar de forma crítica sobre el significado de lo global, aparte de esclarecer la situación de dicho continente. Un breve ejemplo sobre el campo de la política medioambiental ilustrará mi propósito.

Los debates sobre medioambiente suelen apoyarse en un lenguaje "global". El calentamiento global, la capa de ozono, la lluvia ácida, los ecosistemas marinos, Chernóbil, la desertización —son todos casos que demuestran con aplastante claridad que los problemas medioambientales clave de hoy en día requieren un acercamiento en lo que denominaríamos un "nivel global", en lugar de nacional o regional. Dicha formulación apela a lo "global" como un *nivel* de alcance espacial general, una noción que se ha extendido tanto a nivel popular y periodístico como dentro de la literatura académica sobre la "globalización".

La conclusión que suele dirimirse de la percepción de los problemas medioambientales como problemas de carácter global es que el "nivel nacional" resulta inadecuado para la regulación y protección del medioambiente, ya que las crisis medioambientales no respetan las fronteras nacionales. El ambientalismo debe "hacerse global." Parece evidente que las crisis medioambientales ponen de manifiesto las limitaciones de los sistemas basados en el estado-nación. Entonces, si tal y como he planteado, lo global no es realmente un *nivel* que abarque una cobertura superior al plano nacional, sino más bien un sistema que conecta "punto a punto" pasando por alto todas las escalas que implican contigüidad, una respuesta "global" a los problemas medioambientales resultaría tan inadecuada, o tal vez incluso más, que una de nivel nacional. Y es que los ecosistemas no funcionan "punto a punto" más de lo que funcionan en un ámbito nacional.

Gran parte de lo que aparece como regulación y protección medioambiental en África

⁴¹ CASTELLS, Manuel, *End of... op. cit.*

funciona de acuerdo al modelo de "punto a punto" (siendo, por lo tanto, verdaderamente "global" en el sentido que le he dado a dicho concepto). Los parques nacionales son, por supuesto, enclaves protegidos que existen, en numerosas ocasiones, a base de provocar tensas relaciones con la población adyacente. A menudo vallados y patrullados militarmente, estos parches de "naturalezas" internacionalmente valiosos han de ser protegidos con políticas de "disparar a matar" contra "cazadores furtivos" que no suelen ser sino gente local que ha perdido sus tierras y sus derechos de caza ancestrales al tener que hacer hueco para el parque temático⁴².

Esfuerzos más recientes en la protección del medioambiente y la conservación de la fauna africana han intentado corregir los fracasos del acercamiento tradicional de "conservación fortificada" promoviendo un nuevo acercamiento basado en la "participación comunitaria." La idea consiste en involucrar a los miembros de la "comunidad local" en la gestión de los "recursos" de la vida salvaje con la esperanza de que puedan controlar la caza furtiva al tiempo que se benefician de la existencia de las reservas de vida salvaje⁴³. Aunque, tal y como Roderick Neumann⁴⁴ ha expuesto de manera convincente, el nuevo modelo se basa en igual medida en una partición del espacio impuesta por el deseo de "proteger" áreas rurales seleccionadas a modo de "recursos" para un valioso turismo ecológico internacional. En su caso de estudio el programa de conservación Selous en Tanzania, muestra cómo la creación de "zonas de amortiguación" destinadas al uso de los aldeanos fue diseñada para reclutarlos en una especie de autovigilancia contra los cazadores furtivos. La "participación comunitaria" no reemplazó la coerción; fue un suplemento. Neumann argumenta que la violencia estatal y la mera amenaza de la misma fueron esenciales para el buen funcionamiento del proyecto. De hecho, su conclusión es que la "participación comunitaria" y la violencia estatal trabajaron juntas como "formas integradas de control social diseñadas para suplir las necesidades y alcanzar las metas de las organizaciones de conservación internacional y de la industria turística"⁴⁵. No existe por lo tanto una contradicción en el hecho de que la gestión de la vida salvaje en Tanzania haya experimentado en los últimos años tanto un crecimiento en la "participación de la comunitaria" como en su militarización —como se ha visto ilustrado en un reciente incidente que tuvo lugar en el famoso Parque de Serengueti, durante el cual unos guardas arrestaron, alinearon y mataron a tiros a unos cincuenta aldeanos hambrientos que se habían adentrado en el parque armados con arcos y flechas en busca de caza menor⁴⁶—.

Estos enclaves espaciales al servicio de la "naturaleza" no son el resultado del trabajo de los estados por sí solos. A menudo las ONG medioambientales también se hacen con sus enclaves o territorios tras localizar los mejores lugares de biodiversidad, en un intento de

⁴² ADAMS, Jonathan S. y McSHANE, Thomas O., *The Myth of Wild Africa: Conservation without Illusion*, University of California Press, Berkeley, 1996; DUFFY, Rosalen, *Killing for Conservation: Wildlife Policy in Zimbabwe*, Indiana University Press, Bloomington, 2000; NEUMANN, Roderick P., *Imposing Wilderness: Struggles over Livelihood and Nature Preservation in Africa*, University of California Press, Berkeley, 2001.

⁴³ HULME, David y MURPHREE, Marshall (ed.), *African Wildlife and Livelihoods: The Promise and Performance of Community Conservation*, Heinemann, Portsmouth N.H., 2001.

⁴⁴ NEUMANN, Roderick P., "Disciplining Peasants in Tanzania: From State Violence to Self-Surveillance in Wildlife Conservation" en LEE PELUSO, Nancy y WATTS, Michael, *Violent Environments*, Cornell University Press, Ithaca, 2001.

⁴⁵ NEUMANN, Roderick P., "Disciplining Peasants...", *op. cit.*, p. 304.

⁴⁶ NEUMANN, Roderick P., "Disciplining Peasants...", *op. cit.*, p. 305.

preservar “tesoros” medioambientales específicos y especies en peligro de extinción. Dichas ONG suelen estar organizadas en redes “globales” (unidas a organizaciones similares por todo el mundo), pero son redes de puntos que pasan por alto o ignoran la casi totalidad de lo que ha quedado en medio. Mientras tanto, la destitución generalizada, el socavamiento de la autoridad estatal, y la expansión de guerras civiles en el continente suponen una amenaza para los ecosistemas que no podrá ser mitigada durante mucho tiempo por ningún sistema de protección de territorios.

Consideremos el trabajo de la ONG medioambiental llamada Africa Rainforest and River Conservation (ARRC). De acuerdo con la página web de este grupo, su objetivo es ayudar a preservar la vida que “ha florecido en las regiones más profundas de África” durante millones de años pero que hoy en día “se viene abajo por la actuación humana.” La mayor parte de su trabajo se ha desarrollado hasta la fecha en la cuenca del río Chinko en la República Centroafricana (RCA), donde, supuestamente, el Presidente Ange-Felix Patasse les concedió la autorización necesaria para crear una reserva de vida salvaje al tiempo que se desarrollaba un “programa antifurtivos” con miras a prevenir la caza llevada a cabo por grupos armados de cazadores furtivos llegados del otro lado de la frontera sudanesa.

Un revelador artículo escrito por un periodista de la revista *The Observer*, publicado por el diario británico *The Guardian*, ofrece detalles sobre la puesta en práctica del proyecto conservacionista en la RCA⁴⁷. Aparentemente, la ARRC, liderada por su fundador, un médico de Wyoming llamado Bruce Hayse, habría contratado mercenarios para atacar a los furtivos sudaneses y formar una fuerte milicia local antifurtivos de unos cuatrocientos hombres para patrullar la cuenca del río Chinko. Según se dice, el “director de operaciones” del ARRC es un antiguo mercenario de Rodesia, veterano de la firma privada militar sudafricana Executive Outcomes que se mueve bajo el alias de Dave Bryant. Durante sus trabajos previos en Sudáfrica, Mozambique, y Malawi, Bryant se ha movido con facilidad en la “frecuentemente borrosa” línea que separa el trabajo anti caza furtiva de lo paramilitar⁴⁸. No parece que perciba la existencia de ningún conflicto entre el trabajo militar y la labor de conservación medioambiental: “A la gente no les agrada el hecho de que sea un ex militar, pero ¿Quién está mejor capacitado para este trabajo?”

Otros activistas que trabajan en el campo de la conservación de la vida salvaje africana se muestran incómodos con la idea de que una ONG extranjera use fondos destinados a la conservación para crear fuerzas militares no gubernamentales. “Nosotros no lo haríamos” dijo Richard Carroll de la World Wildlife Fund (WWF). “¿Pueden imaginar los titulares? WWF financia mercenarios sudafricanos para matar a centroafricanos”⁴⁹. Pero en una entrevista reciente, Haynes defendía su operación al asegurar, “Lo que estamos haciendo no es tan extremo dentro de los parámetros de las reservas africanas”, y (correctamente) anotaba que las políticas de disparar a matar se han administrado en parques bajo control nacional de países como Kenia y Zimbabue. Aunque hay gente que vaya a resultar muerta, “Nosotros no nos proponemos recurrir a ningún tipo de masacre” apuntaba de manera tranquilizadora.

⁴⁷ CLYNES, Tom, “Heart Shaped Bullets”, en *The Observer Magazine*, domingo 24 de noviembre de 2002: 1-10, 2002.

⁴⁸ CLYNES, Tom, “Heart Shaped...”, *op. cit.*, p. 5.

⁴⁹ CLYNES, Tom, “Heart Shaped...”, *op. cit.*, p. 6.

Cuando se pidió a Peter Knights de Wild Aid, otra ONG conservacionista, que hiciese un comentario sobre esta entrevista, estuvo de acuerdo en que la conservación de la vida salvaje en el continente ha recurrido a menudo a este tipo de "medidas extremas." Continuó explicando "No se trata de algo exclusivo a la vida salvaje":

"Abarca a todos los recursos en general, y desgraciadamente se trata del escenario con el que nos encontramos en África, donde se desarrollan numerosas guerras civiles a pequeña escala. Por lo general no tenemos constancia de su existencia, sobre todo aquí en los Estados Unidos, pero hay un montón de guerras, un montón de conflictos en curso, y algunas veces están relacionados con la vida salvaje. A veces se trata de otros bienes."

En efecto, esos "otros bienes" también forman parte de la historia de la ARRC. De acuerdo con el artículo de *The Observer*, la ARRC habría respondido a una crisis en su financiación intentando recaudar su propio dinero mediante la venta de diamantes extraídos dentro de "su" área. El periodista Tom Clynes fue testigo de la negociación llevada a cabo entre Bryant y otros, para la adquisición y venta (inicialmente infructuosa) de estas piedras, Hayse defendió abiertamente este nuevo mecanismo de financiación: "Los diamantes abren un camino a la hora de desarrollar el proyecto con cierta seguridad financiera, y ofrecer a los lugareños medios más equitativos para vender los diamantes que han recogido"⁵⁰. La ARRC parece estar dirigiendo su enclave de "conservación" hacia múltiples usos, con una "flexibilidad" que recuerda a otros agentes de la región.

Sin duda, el caso de la ARRC es extremo en su compromiso explícito con la violencia privatizada dirigida hacia la conservación. Sin embargo, no es un caso único. Deborah Avant⁵¹ ha ofrecido recientemente una fascinante descripción del proceso por el cual oficiales locales de la WWF y la International Rhino Fund (IRF) terminaron decidiéndose por contratar mercenarios para proteger el Parque Nacional de Garamba en la República Democrática del Congo. La dirección nacional de la WWF condenó finalmente la decisión, pero la IRF (junto a los mandos locales de la WWF) continuaron buscando protección mediante la contrata de compañías de seguridad privadas, así como de tropas ugandesas cercanas al parque⁵².

Las principales organizaciones conservacionistas como es el caso de la WWF se han mantenido al margen, públicamente al menos, de este tipo de prácticas –seguramente debido a que gran parte de su poder deriva de la percepción que de ellas se tiene como autoridad moral, la cual se vería fácilmente dañada por asuntos tales como su implicación con mercenarios (tal y como Avant ha observado). Pero muchos de los agentes de estas organizaciones no son tan contrarios a este tipo de medidas en privado. Según el reportaje de *The Observer*, Randy Hayes, presidente fundador de la bien conocida Rainforest Action Network, que se encontraba presente durante la expedición de la ARRC en el río Chinko, se mostró complacido, junto con otros miembros, de que hubiese alguien dispuesto a llevar a cabo ese tipo de "trabajo sucio." Uno de los principales conservacionistas dijo, "Tal vez sea mejor que la WWF no esté

⁵⁰ CLYNES, Tom, "Heart Shaped...", *op. cit.*, p. 7.

⁵¹ AVANT, Deborah, "Conserving Nature in the State of Nature: The Politics of INGO Policy Implementation", en *Review of International Studies* 30: 361-382, 2004.

⁵² AVANT, Deborah, "Conserving Nature...", *op. cit.*, p. 376.

involucrada. Esta es una cara de la conservación con la que organizaciones con logos de oso panda no quieren tener nada que ver. Es un trabajo sucio, asqueroso. Y si quieres tener éxito más te vale no poner a un monaguillo al frente⁵³.

Tal vez el aspecto más importante sea que las prácticas de la ARRC no son más que una manifestación particularmente intransigente de entender la naturaleza y su relación con lo "global" que se encuentra muy extendida. Al fin y al cabo, no son solo los extremistas medioambientales los culpables de convertir en objeto de su intervención lo que imaginan como apartados inmaculados de naturaleza asocial. (El enfoque de los mejores lugares de biodiversidad se ha visto apoyado por numerosas organizaciones conservacionistas de renombre, entre las que se incluyen Conservation International y WWF). No es exclusivo de desorbitados "eco-mercenarios" el creer que, como grupo de activistas del Primer Mundo con fondos suficientes, deben reclamar una autoridad moral de carácter planetario para apoyar sus propias intervenciones. Son muchas las "principales" ONG medioambientales que forman parte de este paisaje "global" al que me he referido, trabajando en un mundo de espacios fragmentados, deteriorando la autoridad estatal, los enclaves de "recursos" medioambientales y la seguridad privatizada.

Esto no quiere decir en ningún caso que las ONG transnacionales que buscan la conservación de la vida salvaje y los ecosistemas no merezcan más que nuestro desprecio y condenación por sus esfuerzos. A menudo desarrollan un trabajo extremadamente valioso y, algunas veces, son sensibles al tipo de preocupaciones que he subrayado. Mi objetivo no es echar por tierra los proyectos de conservación de la vida salvaje, sino llamar la atención sobre cómo proyectos transnacionales tan importantes e indudablemente bienintencionados, a menudo motivados por motivos altruistas, han ido adoptando formas de organización espacial asociadas a la explotación de enclaves para la extracción mineral, guiados por una lógica de adaptación pragmática a las circunstancias. Se podría decir lo mismo de las agencias de ayuda humanitaria que operan en el continente, las cuales se apoyan, con cada vez más frecuencia, en mecanismos extraestatales para establecer parches de orden político allí donde los estados se han vuelto no gubernamentales. Tal y como observó una trabajadora de Save the Children sobre las compañías militares privadas en Sierra Leona, "Les atizan de manera muy eficiente, la pelea para —y entonces los bebés son alimentados—."⁵⁴ Salvar rinocerontes y alimentar bebés son causas muy nobles, pero una mirada más de cerca a la manera en la que son perseguidas podría darnos muchas pistas sobre la conexión de África con varios proyectos "globales" en la actualidad.

Cuando pensamos en "globalización" nos hemos acostumbrado al lenguaje global de "flujos", pero esta terminología es una metáfora peculiarmente pobre para referirnos a la conectividad "punto a punto" y a las redes de enclaves que nos asaltan cuando examinamos la experiencia de África con la globalización⁵⁵. Este tipo de lenguaje *naturaliza* la globalización al hacerla análoga al proceso natural de los flujos de agua. Los ríos sí fluyen. De la misma forma que otros muchos procesos naturales significativos, el fluir de un río funciona en una

⁵³ CLYNES, Tom, "Heart Shaped...", *op. cit.*, p. 6.

⁵⁴ RENO, William, "How Sovereignty Matters...", *op. cit.*, p. 212.

⁵⁵ TSING, Anna, "Inside the Economy of Appearances", en APPADURAI, Arjun (ed.), *Globalization*, Duke University Press, Durham, 2001.

contigüidad espacial –un río va de un punto A a un punto B atravesando, regando, y conectando el territorio que se encuentra entre ambos puntos. Sin embargo, tal y como el material actual sobre África muestra de manera evidente, lo “global” no “fluye”, conectando y regando espacios contiguos; salta, conectando de manera eficiente los puntos de una red al mismo tiempo que excluye (con igual eficiencia) los espacios que quedan entre dichos enclaves. Los procesos ecológicos que dependen de una contigüidad espacial no son exclusivamente “locales” –a menudo son regionales o incluso planetarios. Pero ni la escala regional ni la planetaria son fáciles de manejar mediante las formas políticas y económicas del actual sistema de “saltos-globales”.

Si esto es cierto, las formas de economía, política, y regulación denominadas “globales” no conllevan ninguna ventaja inherente a la hora de tratar asuntos medioambientales. De hecho, hasta ahora, las intervenciones “globales” a favor del “medioambiente” vienen apoyándose en la existencia de enclaves protegidos, sujetos a modos de vigilancia y gobierno radicalmente distintos entre sí y discontinuos en el plano espacial, haciendo evidente cómo los proyectos en apariencia universales y planetarios se sustentan en agudas divisiones espaciales y zonas de exclusión violentamente protegidas. Dichas intervenciones son “globales” en el sentido que se apoyan en organizaciones transnacionales de financiación, instituciones y de ámbito moral, pero su *modus operandi* evidencia un paisaje de división aguda y desorden selectivo que, tal y cómo he defendido, es una característica fundacional en la actual forma de integración de África en la “sociedad global.”

5. Conclusión

Una revisión de los recientes estudios académicos sobre la política económica de África sugiere que este continente, por lo general entendido como atrasado o excluido de las relaciones *vis-à-vis* con las formas emergentes de la sociedad global, puede revelar aspectos esenciales sobre el funcionamiento de lo “global” hoy en día, y su funcionamiento futuro. Tal y como observé al principio: lo que vemos depende de desde dónde estemos mirando. ¿Qué podemos ver sobre la actualidad de lo “global” desde la perspectiva privilegiada de los más recientes estudios?

Visto desde África, lo “global” no es una totalidad uniforme, brillante, y redonda que todo lo abarca (como la propia palabra parece implicar). Tampoco se trata de un nivel superior de unidad planetaria, interconexión, y comunicación. Tal y como vemos en los recientes trabajos sobre África, lo “global” tiene bordes afilados y cortantes; tráfico peligroso de riqueza entre zonas de abyección generalizada; enclaves cercados por alambre de espino en medio de territorios olvidados. Presenta países enteros con una esperanza de vida que ronda la treintena y tendiendo a disminuir; estados de guerra sin fin a la vista; y las desigualdades económicas más profundas nunca vistas en la historia de la humanidad hasta la fecha de hoy.

Es un global donde el capital fluye y los mercados son, al mismo tiempo, extremadamente veloces, parcheados e incompletos; donde los enclaves de redes globales se encuentran justo al lado de zonas de desastre humanitario ingobernables. Es un global no de comunión planetaria, sino de desconexión, segmentación, y segregación –no es un mundo uniforme y sin límites, sino un parcheado de espacios discontinuos y clasificados jerárquicamente, cuyos límites se encuentran cuidadosamente delimitados, vigilados, y fortalecidos.

Una visión tan centrada en el caso africano no nos muestra la “verdadera naturaleza” de la globalización —ni las consideraciones totalizadoras previas de un mundo globalizado pueden ser ahora desechadas o reemplazadas con una nueva—. Más bien, el punto de vista que he desarrollado aquí supone un intento —un “ensayo”— de mostrar la posibilidad de aceptar otra perspectiva sobre lo “global”, e insistir en una visión de la “globalización” que sencillamente “lo abarque todo”, que todos los puntos de vista (incluso los que son en apariencia más inclusivos) no dejan de ser puntos de vista “desde algún punto”⁵⁶. El que una imagen de la globalización focalizada en África muestre un aspecto tan distinto al que la mayoría de teorías de la globalización nos han llevado a esperar no significa que otras consideraciones, “desde otros lugares”, puedan ser descartadas. Tampoco es cuestión de añadir una nueva pieza a una imagen (como en el viejo cliché sobre los cinco ciegos y el elefante) —como si pudiésemos “añadir África y remover” y así conseguir una imagen completa—. Al contrario, la visión que nos ofrece África nos desafía a desarrollar nuevas formas de entender los diseños globales emergentes, interpretaciones que se ajusten de manera más adecuada tanto a las fascinantes nuevas interconexiones como a las desigualdades materiales, espaciales y de escala, de la que dichas interconexiones dependen, al tiempo que ayudan a generar. Por encima de todo, las incómodas preguntas que nos plantea el caso africano dejan claro lo mucho que queda por pensar, cuánta más investigación empírica en el plano social es todavía necesaria antes de que podamos realmente comprender una globalización que divide el planeta en la misma medida que lo une. ■

Bibliografía

- ADAMS, Jonathan S. y McSHANE, Thomas O., *The Myth of Wild Africa: Conservation without Illusion*, University of California Press, Berkeley, 1996.
- AMNESTY INTERNATIONAL, *Making a Killing: The Diamond Trade in Government-Controlled DRC*, 2002.
- APPADURAI, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1996.
- AVANT, Deborah, “Conserving Nature in the State of Nature: The Politics of INGO Policy Implementation” en *Review of International Studies*, vol. 30, nº 3, ps. 361-382, 2004.
- BANCO MUNDIAL, *Project Performance Assessment Report: Ghana Mining Sector Rehabilitation Project (Credit 1921-GH) and Mining Sector Development and Environment Project (Credit 2743-GH)*, Sector and Thematic Evaluation Group, Operations Evaluation Department, informe nº 26197, Washington D.C., 2003.
- BAUMAN, Zygmunt, *Wasted Lives*, Polity Press, Nueva York, 2004.
- BAYART, Jean-François, ELLIS, Stephen y HIBOU, Beatrice, *The Criminalisation of the State in Africa*, Indiana University Press, Bloomington, 1999.
- BOLI, John y RAMIRES, Francisco O., “World Culture and the Institutional Development of Mass Education” en RICHARDSON, John G., *Handbook of Theory and Research in the Sociology of Education*, Greenwood Press, Westport, 1986.
- CASTELLS, Manuel, *End of Millenium*, Blackwell, Londres, 2000.
- CLAPHAM, Christopher, *Africa and the International System: The Politics of State Survival*, Cambridge University Press, Nueva York, 1996.
- CLYNES, Tom, “Heart Shaped Bullets” en *The Observer Magazine*, domingo 24 de noviembre de 2002, ps. 1-10.

⁵⁶ TSING, Anna, “The Global Situation” en *Cultural Anthropology*, vol. 15, nº 3, 2000, ps. 327-360.

- DAEDALUS, "Multiple Modernities", número especial, vol. 129, nº 1, 2000.
- DIOUF, Mamadou, "The Senegalese Murid Trade Diaspora and the Making of a Vernacular Cosmopolitanism" en *Public Culture*, vol. 12, nº 3, 2002, ps. 679-702.
- DUFFY, Rosalen, *Killing for Conservation: Wildlife Policy in Zimbabwe*, Indiana University Press, Bloomington, 2000.
- EASTERLY, William, *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*, MIT Press, Cambridge, 2001, ps. 58-59,
- FABIAN, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.
- FERGUSON, James, *Expectations of Modernity: Myths and Meanings of Urban Life on the Zambian Copperbelt*, University of California Press, Berkeley, 1999.
- FERGUSON, James y GUPTA, Akhil, "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality" en *American Ethnologist*, vol. 29, nº 4, 2002, ps. 981-1002.
- GAONKAR, Dilip Parameshwar, *Alternative Modernities*, Duke University Press, Durham, 2001.
- GEERTZ, Clifford, "The Uses of Diversity" en BOROFKY, Robert (ed.), *Assessing Cultural Anthropology*, McGraw Hill, Nueva York, 1994.
- GESCHIERE, Peter, *The Modernity of Witchcraft: Politics and the Occult in Postcolonial Africa*, University of Virginia Press, Charlottesville, 1997.
- GIDDENS, Anthony, *Runaway World: How Globalization Is Reshaping Our Lives*, Routledge, Nueva York, 2002.
- HANLON, Joseph, "An 'Ambitious and Extensive Political Agenda': The Role of NGOs and the Aid Industry" en STILES, Kendall, *Global Institutions and Local Empowerment: Competing Theoretical Perspectives*, Macmillan, Basingstoke, 2000.
- HANNERZ, Ulf, "The World in Creolization", *Africa* 57, no. 4: 546-559, 1987.
- HANNERZ, Ulf, *Cultural Complexity: Studies in the Social Organization of Meaning*, Columbia University Press, Nueva York, 1992.
- HANNERZ, Ulf, *Transnational Connections: Culture, People, Places*, Routledge, Nueva York, 1996.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio, *Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 2001.
- HELD, David, MCGREW, Anthony G., GOLDBLATT, David y PERRATON, Jonathan, *Global Transformations: Politics, Economics and Culture*, Stanford University Press, Stanford, 1999.
- HOLSTON, James, *Cities and Citizenship*, Duke University Press, Durham, 1999.
- HULME, David y MURPHREE, Marshall (ed.), *African Wildlife and Livelihoods: The Promise and Performance of Community Conservation*, Heinemann, Portsmouth, 2001.
- LOCK, Peter, "Military Downsizing and Growth in the Security Industry in Sub-Saharan Africa" en *Strategic Analysis*, vol. 22, nº 9, 1998.
- MEYER, John W., KAMENS, David, BENAVIDES, Aaron, CHA, Yun-Kyung y WONG, Suk-Ying, *School Knowledge for the Masses: World Models and National Primary Curriculum Categories in the Twentieth Century*, Falmer, Londres, 1992.
- MUSAH, Abdel-Fatau y FAYEMI, J. Kayode (ed.), *Mercenaries: An African Security Dilemma*, Pluto Press, Londres, 2000.
- NEUMANN, Roderick P., *Imposing Wilderness: Struggles over Livelihood and Nature Preservation in Africa*, University of California Press, Berkeley, 2001.
- NEUMANN, Roderick P., "Disciplining Peasants in Tanzania: From State Violence to Self-Surveillance in Wildlife Conservation" en LEE PELUSO, Nancy y WATTS, Michael, *Violent Environments*, Cornell University Press, Ithaca, 2001.
- OBSTFELD, Maurice y TAYLOR, Alan M., *Globalization and Capital Markets*, Working Paper no. 8846, National Bureau of Economic Research, Cambridge, 2002.
- ONG, Aihwa, *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality*, Duke University Press, Durham, 1999.
- PAOLINI, Albert, "The Place of Africa in Discourses about the Postcolonial, the Global and the Modern" en *New Formations*, vol. 31, 1997, ps. 83-106.



- PRITCHETT, Lant, "Divergence, Big Time" en *Journal of Economic Perspectives*, vol.11, nº 3, 1997, ps. 3-17.
- RENO, William, *Warlord Politics and African States*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 1999.
- RENO, William, "How Sovereignty Matters: International Markets and the Political Economy of Local Politics in Weak States", en CALLAGHY, Thomas M., et. al, *Intervention and Transnationalism in Africa: Global-Local Networks of Power*, Cambridge University Press, Nueva York, 2001.
- RENO, William, "External Relations of Weak States and Stateless Regions in Africa", en KALDIAGALA, Gilbert M. y LYONS, Terrence (ed.), *African Foreign Policies: Power and Process*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2001.
- RENO, William, "Order and Commerce in Turbulent Areas: 19th Century Lessons, 21st Century Practice" en *Third World Quarterly*, vol. 25, nº 4, 2004, ps. 607-625.
- ROITMAN, Janet, *Fiscal Disobedience: An Anthropology of Economic Regulation in Central Africa*, Princeton University Press, Princeton, 2004.
- SASSEN, Saskia, *Globalization and Its Discontents: Essays on the New Mobility of People and Money*, New Press, Nueva York, 1999.
- SINGER, P. W., *Corporate Warriors: The Rise of the Privatized Military Industry*, Cornell University Press, Ithaca, 2003.
- SMITH, Neil, "The Satanic Geographies of Globalization: Uneven Development in the 1990s" en *Public Culture*, vol. 10, nº 1, 1997, ps. 169-189.
- STIGLITZ, Joseph E., *Globalization and Its Discontents*, W. W. Norton, Nueva York, 2003.
- TESTIGO GLOBAL, *Same Old Story: A Background Study on Natural Resources in the Democratic Republic of Congo*, 2004.
- TSING, Anna, "The Global Situation" en *Cultural Anthropology*, vol. 15, nº 3, 2000, ps. 327-360.
- TSING, Anna, "Inside the Economy of Appearances" en APPADURAI, Arjun (ed.), *Globalization*, Duke University Press, Durham, 2001.

RELACIONES INTERNACIONALES

Revista académica cuatrimestral de publicación electrónica
Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)
Universidad Autónoma de Madrid, España
www.relacionesinternacionales.info
ISSN 1699 - 3950

 facebook.com/RelacionesInternacionales

 twitter.com/RRInternacional

